



## El origen de una gran película

El origen de una obra maestra del cine del siglo XX (1957) se halla en la contemplación de un cuadro del siglo XV por su director, el sueco Ingmar Bergman.

El protagonista, el caballero cruzado Antonius Block, al enfrentarse por primera vez con la muerte le propone una partida de ajedrez y ésta le pregunta cómo sabe que es una buena jugadora de ajedrez. El caballero le responde “*lo he visto en pinturas...*”

Las partidas de ajedrez entre la muerte y el caballero son el eje de la película y están inspiradas en un mural del pintor medieval de iglesias Albertus Pictor, nacido en Alemania en 1440 y muy conocido en los templos del centro y del sur de Suecia por sus murales. El cuadro que aquí se presenta “la muerte jugando al ajedrez”, se halla en la iglesia de Täby, diócesis de Estocolmo. El propio Albertus Pictor aparece en la película, en conversación con el escudero del caballero:



El propio Bergman escribió acerca de la película: “*La idea de El Séptimo Sello me vino contemplando los motivos de pinturas medievales... El Séptimo Sello es una alegoría con un tema muy sencillo: el hombre, su eterna búsqueda de Dios y la muerte como única seguridad.*”

## El juego del ajedrez

Se trata de un juego de origen indio. El combate entre las piezas blancas y negras es símbolo del que disputan la luz y las tinieblas, el día y la noche, la vida y la muerte.

El *arcidriche*, el damero sobre el que se desarrolla el combate, alternando y equilibrando la sombra y la luz, tiene 64 casillas (64 es la cifra de la realización de la unidad cósmica). El tablero es el campo de acción de las fuerzas cósmicas. Este combate se puede transponer al interior del ser humano.



**⌚ En esta hora, siento amargura por el tiempo perdido ⌚**

El caballero cruzado Antonius Block entra en una pequeña iglesia medieval y decide confesarse. Al final del diálogo que mantiene con el aparente confesor, éste se desvela como la Muerte, con la que Antonius ya se ha jugado al ajedrez la primera prórroga de su vida.

- Quiero confesarme y no sé qué decir. Mi corazón está vacío. El vacío es como un espejo puesto delante de mi rostro. Me veo a mí mismo y, al contemplarme, siento un profundo desprecio de mi ser. Por mi indiferencia hacia los hombres y las cosas me he alejado de la sociedad en la que viví. Ahora habito un mundo de fantasmas, prisionero de fantasías y ensueños.
- Y, a pesar de todo, no quieres morir.
- Sí, quiero.
- Entonces ¿a qué esperas?
- Deseo saber qué hay después.
- Buscas garantías.
- Llámalo como quieras. ¿Por qué la cruel imposibilidad de alcanzar a Dios con nuestros sentidos? ¿Tiene esto sentido? ¿Por qué se nos esconde en una nebulosa de promesas que no hemos oído y en milagros que no hemos visto? Si desconfiamos una y otra vez de nosotros mismos ¿cómo vamos a fiarnos de los creyentes? ¿Qué va a ser de nosotros los que queremos creer y no

podemos? ¿Por qué no logro matar a Dios en mí? ¿Por qué sigue habitando en mi ser? ¿Por qué me acompaña humilde y sufrido, a pesar de mis maldiciones, que pretenden eliminarlo de mi corazón? ¿Por qué sigue siendo, a pesar de todo, una realidad que se burla de mí y de la cual no me puedo liberar? ¿Me oyes?

- Te oigo.
- Yo quiero entender, no creer. No debemos afirmar lo que no se logra demostrar. Quiero que Dios me tienda Su mano, vuelva Su rostro hacia mí y me hable.
- Él no habla.
- Clamo a Él en las tinieblas y desde las tinieblas nadie contesta a mis clamores.
- Tal vez no haya nadie.
- Pero entonces la vida perdería todo su sentido. Nadie puede vivir mirando a la muerte y sabiendo que camina hacia la nada.
- La mayor parte de los hombres no piensa ni en la muerte ni en la nada.
- Pero un día llegarán al borde de la vida y tendrán que enfrentarse a las tinieblas.
- Sí. Y cuando llegan...
- Calla. Sé lo que vas a decir, que el miedo nos hace crear una imagen salvadora y esa imagen es lo que llamamos Dios.
- Te estás preocupando.
- Hoy ha venido a buscarme la muerte. Estamos jugando una partida de ajedrez. Es una prórroga que me da la oportunidad de hacer algo importante.
- ¿Qué piensas hacer?
- He gastado mi vida en diversiones, viajes, charlas sin sentido. Mi vida ha sido un continuo absurdo. Creo que me arrepiento, fui un necio. En esta hora siento amargura por el tiempo perdido, aunque sé que la vida de todos los hombres corre por los mismos cauces. Por eso quiero emplear esta prórroga en una acción única que me dé la paz.
- ¿Por eso juegas al ajedrez con la muerte?
- Emplea una táctica muy hábil, pero todavía no he perdido ni una sola pieza.
- ¿Supones que podrás engañar a la muerte con tu juego?
- Sí, gracias a una combinación de alfiles y caballos, que aún no me ha descubierto. Una jugada más y le arrebataré la reina.



- Lo tendré en cuenta.
- Me has traicionado. Tratas de engañarme, pero cuando nos enfrentemos de nuevo yo encontraré una salida.
- Nos veremos pronto. Seguiremos jugando.

El caballero continúa viviendo su fe en esa agonía del que creyendo, cree que no cree. Poco antes de que la película termine dice en una grata reunión con un matrimonio de cómicos:

*“La fe es un gran sufrimiento, es como amar a alguien que está fuera, en las tinieblas y que no se presenta por mucho que se le llame.”*



Y a continuación añade:

*“Sentado aquí con vosotros, qué irreales resultan todas esas cosas,  
pierden importancia.”*

La diversión, la fuga de sí mismo, el aturdimiento es frecuente que conduzcan al ser humano a la superficialidad, a la evasión, al olvido voluntario de los interrogantes existenciales.



El tablero de ajedrez dentro del mar, símbolo de muerte.  
La luz de poniente, de occidente, de muerte, ilumina la escena

[www.vacarparacon-siderar.es](http://www.vacarparacon-siderar.es)